

LOS DIPUTADOS PINTADOS POR SUS HECHOS



SALVADOR DAMATO.



M. RIUS MONTANER.



J. COMPTE Y PEDRET.



P. CAYMÓ Y BASCÓS.

CORTES

1869

CONSTITUYENTES





reunion á que asistieron algunos jefes de la guarnicion, muy comprometidos, pero que luego vacilaron, acordóse prender al Gobernador civil y al Gobernador militar, que lo era á la sazón el brigadier Bazarán.

Comprometióse Damato á prenderlos en el teatro y en su propio palco aquella misma noche; y en su consecuencia el comité mandó adquirir gran número de localidades, á fin de que fuesen hombres armados de todas clases y cooperasen al arresto de las primeras autoridades, á cuya señal las tropas de la guarnicion debian secundar el movimiento, sublevándose en el acto segun sus jefes habian ofrecido.

El valiente y conocido patriota D. Francisco Aguilar, lleno de entusiasmo, quiso acompañar á Damato en aquella peligrosa empresa, en que habia que jugarse la vida y vencer á fuerza de arrojo y abnegacion.

Preparado estaba todo para dar el golpe, cuando surgieron de repente dificultades que no es del caso referir, y Damato tuvo que salir de Málaga á toda prisa, con grave peligro de caer en manos de la policia, que ocupaba todas las salidas de la ciudad; pero al llegar á Bobadilla, estacion próxima á Antequera, fué detenido y preso por un oficial de la Guardia civil, á quien puede decirse que debe la vida.

Recobrada la libertad, gracias á la noble y generosa conducta del oficial encargado de prenderle, prosiguió su camino en busca del general Prim, dirigiéndose á Córdoba, donde supo que el regimiento de caballeria de Montesa solo esperaba una ocasion para pasarse á los sublevados.

Al llegar á Monasterio, primer pueblo de Extremadura, fué detenido y preso por segunda vez de órden del alcalde de aquel pueblo. El Gobernador civil de Sevilla, Sr. Peralta, pasó un telégrama al alcalde de Monasterio, manifestándole la hora en que Damato habia de llegar, dándole sus señas y las del carruaje que le conducia y mandándole del modo más terminante que procediese á su captura; lo que fué ejecutado con grande aparato, despertándole bruscamente al relevar el tiro del coche. Aun recuerdan muchos vecinos de aquel pueblo la escena habida entre el alcalde y Damato, y la serenidad con que este negó ser la persona á quien se buscaba.

Al presenciar su calma y tranquilidad, los vecinos se interesaron por él, y el alcalde telegrafió al Gobernador de Sevilla, que la detencion estaba hecha, pero que al ver la sangre fria del preso, dudaba que fuese el mismo que se le habia señalado.

No aguardó sin embargo Damato á que viniese la respuesta del Gobernador, ó fuerza de tropa para con-

ducirle á Sevilla. Sin perder ni un momento la calma, en las tres horas que estuvo preso logró reducir á los dos centinelas de vista que le habia puesto el alcalde, atrayéndolos á su partido, y emprendiendo con ellos la fuga al vecino reino, para lo cual tuvo que disfrazarse de pastor, y saltar por encima de elevadas tapias antes de llegar á campo raso. Anduvo ocho leguas á pié, siempre ostigado y perseguido, hasta llegar á un cortijo próximo á la frontera, ensangrentados los piés y á punto de desvanecerse por la fiebre y los dolores reumáticos que le causaban horrible padecimiento. Hubiérasele creido un cadáver galvanizado que se arrastraba á impulsos del deber para dar cuenta de la sagrada mision que se le confiara.

Cerca ya de Portugal, desfallecido y no pudiendo seguir á los guias que tan noblemente se habian sacrificado por él, sentóse diciéndoles que se salvaran solos, que él no podia correr más. Aquellos hombres generosos cargaron en hombros con el fugitivo y lo condujeron al cortijo más inmediato, donde pudo trocar su reloj por una mala yegua. Renunciamos á describir todos los peligros que tuvo que vencer aun antes de atravesar la frontera, y la astucia y la actividad que emplearon los guias para salvarle de sus incansables perseguidores.

Llegó por fin á Barrancos, primer pueblo de Portugal, donde acababa de entrar la columna de valientes que mandaba el general Prim. Allí cayó en brazos de su ilustre amigo, por quien tantos y tan grandes peligros habia arrostrado, y le dió cuenta detallada de su mision, explicándole en breves y enérgicas frases las causas principales del mal éxito de su expedicion, la cobardia de unos, la traicion de otros y la informalidad de todos los comprometidos, que faltaron á la palabra empeñada.

Presentóle los dos guias, que fueron generosamente recompensados.

El general Prim mandó que diesen á Damato uno de sus caballos, llevándole en su comitiva. Desde entonces Damato no abandonó al ilustre caudillo, siguiéndole en todas sus expediciones, viajes y tentativas.

Durante su estancia en Portugal, permaneció casi todo el tiempo en cama; tan grande era su postracion fisica y tan fuertes los dolores que le aquejaban.

Cuando el gobierno portugués manifestó al general emigrado su deseo de que abandonase aquel país, Damato no quiso separarse de él, y juntos se embarcaron para Lóndres.

Referir detalladamente todas las tentativas revolu-

cionarias hechas desde entonces por Damato, sería tarea por demás prolija. Doce veces entró en España, y de éstas cuatro en la provincia de Santander, habiendo llevado siempre el hilo de la conspiración en aquella provincia, de donde es hoy digno representante en la actual Asamblea.

Ocupado de continuo en descifrar claves, organizar el servicio de la correspondencia, recibir y despachar emisarios, estudiar los mapas de ferro-carriles y telégrafos, sorprender secretos de las oficinas del gobierno, reunir cédulas de vecindad y dar cuenta diaria al general Prim de todas las operaciones, Damato se mantuvo siempre algo apartado de ciertos círculos de la emigración, que habrían podido comprometer el secreto indispensable á los trabajos revolucionarios.

Su generosidad y desprendimiento no tuvieron límites; después de haber dado cuanto poseía para la revolución, se ocupó sin descanso en arbitrar fondos, buscando y adquiriendo sumas considerables. Merced á estos recursos, que adquirió muchas veces en su nombre, pudo tener en constante movimiento á los jefes y oficiales de la emigración más entendidos y resueltos, y pudo al mismo tiempo esquivar las pesquisas de la policía española, y burlar la vigilancia de la francesa, que ambas en combinación hicieron esfuerzos inútiles para apoderarse de él en sus frecuentes escursiones á la frontera.

En una palabra, Damato tenía á su cargo en el extranjero lo que podría llamarse el negociado de agitación pública. Su actividad y destreza rayaba en lo maravilloso; halló manera de hacer llegar á su destino más de dos mil cartas suyas, del general Prim y de otros hombres importantes de la emigración, sin que se diera el ejemplo de haberse interceptado ninguna.

Su ingenio y habilidad salvaron en más de una ocasión á personas muy comprometidas. Un amigo suyo había sido preso en Bilbao por sospechas; pero Damato se dió tales trazas escribiendo anónimos al comercio de aquella población y valiéndose de otros medios, que su amigo fué puesto en libertad, y en cambio prendióse á varias personas de la unión liberal, cuando aun no se había verificado la coalición.

El peligro no llegó á arredrarle jamás. Hizo viajes en una mala barquilla de pescador á las costas de España, y se vistió el traje de marinero para entrar en Santoña, pasando por delante de oficiales, antiguos conocidos suyos, que nada sospecharon.

En Junio de 1866 penetró en Santoña en compañía del general Caballero de Rodas, que á la sazón no for-

maba causa comun con los revolucionarios, y que iba á hacer una visita á aquella plaza de orden del gobierno. Fueron en el mismo coche hasta Laredo, pero con objeto bien distinto.

Allí pudo pasar algo grave, tan grave como lo de Madrid. El regimiento de Castilla en masa, con toda su clase de sargentos, esperaba á Damato, no reconociendo más jefe que él y negándose á aceptar otro.

Repetimos que allí pudo pasar algo grave. Damato fué fiel á la cita; no pudo sacar el regimiento por razones que no son de este momento; pero muchos son los que saben que aquella es una de las páginas más bellas de su historia política.

Tres veces entró en la plaza y pernoctó en ella; pero tuvo por necesidad que retirarse cuando se supo la rota de Madrid. Permaneció no obstante tomando baños en Molinar de Carranza, á cuatro leguas de Santoña. Estuvo en Laredo y Colindres un mes á tiro de cañón de la plaza, en comunicación con los sargentos, que sabían que si algo llegaba á descubrirse estaba él allí para ponerse á su frente y conducirlos de montaña en montaña hasta el vecino imperio.

Por tres veces recibió la orden de retirarse, orden comunicada por el general Prim, y únicamente cuando cesó el peligro se retiró á Francia el 8 de octubre de aquel año (1866).

Pero de todas las acciones de este intrépido revolucionario, la que más le honra, la que le ha dado la inmensa popularidad de que hoy disfruta colocándole en una posición envidiable, es el levantamiento y gloriosa defensa de Santander, ocurrida el 20 de Setiembre de 1868. Esta famosa jornada, página brillantísima de la última revolución, merece ser conocida con todos sus magníficos detalles, por lo cual no vacilamos en insertar aquí el parte del Gobernador de aquella provincia, dirigido al general Serrano, capitán general de los ejércitos nacionales, y general en jefe del ejército libertador.

Dice así:

PARTE DEL ALZAMIENTO DE LA PROVINCIA DE  
SANTANDER.

«*Gobierno militar de la provincia de Santander.*  
—Excmo. Sr.: Como resultados de asiduos trabajos y convenios anteriores, elaborados entre unos pocos y decididos amigos de la libertad, en medio de riesgos y peligros que aumentaban la localidad y suspicacia de las autoridades, se presentó en Laredo á dar la señal de combate con todas las instrucciones necesarias de los dos caudillos de la revolución, el que es ayudante de órdenes de V. E. y de su dignísimo compañero el Excmo. Sr. General Prim, D. Salvador



Damato. Las grandes cualidades que este reúne, acreditan la acertada eleccion de VV. EE., como si en su inspiracion de hombres de gobierno hubieran visto las que necesitaba quien debia hacer causa comun con personas tan nobles, valientes y delicadas.

»El brillante regimiento que llevaba el nombre de Isabel II, con su valiente y de todos querido teniente coronel D. José de Chinchilla, necesitaba las valiosas prendas de carácter que ha descubierto en el curso de los sucesos D. Salvador Damato, para simpatizar, fraternizar, y hacer estrecha é íntima la union que crea la identidad de ideas y sentimientos, y hace imperecedera la satisfaccion de verse iguales en la lucha y en la generosidad despues de la victoria.

»A la misma hora, con igual arrojo, peligro y decision, se dió por D. Salvador Damato en la vecina villa de Laredo, y aquí por el citado jefe y un puñado de oficiales, el grito santo de libertad y soberanía nacional. En la noche del 20 del mes próximo pasado, el primero con 20 carabineros mandados por el esforzado capitán del cuerpo D. Joaquin San Millan y Vergara, y el escaso destacamento del regimiento espresado que guarnecía el castillo, mandado por el no ménos bravo teniente D. Ricardo Salgueiro, levantó delante de la Guardia civil, reunida y en la plaza de un pueblo abierto, el estandarte de la revolucion, que fijaban al mismo tiempo en el cuartel de San Miguel, en la plaza de armas del Duero, en los fuertes de San Carlos y San Martin, en la puerta de tierra y el Sorbal, y en todos los puntos de la plaza á la vez, como inspirados por una mágica fuerza, unos cuantos capitanes y subalternos que se habian distribuido para tomar el mando de esos puntos, y ponerse de acuerdo despues de la victoria ó luchar si preciso era.

»Al mismo tiempo, y despues de haber designado á cada uno el punto que debia ocupar, dictaba yo las medidas necesarias para evitar toda oposicion y violencia por parte de las autoridades y jefes, que desde los últimos días habian tomado cuantas precauciones caben en lo humano, para sofocar cualquier movimiento y garantir sus personas. En el desempeño de esta espinosa y arriesgada comision me ayudaron tambien esos mismos oficiales, encomendándola más especialmente á D. Miguel Diez de Ulzurrun, liberal valiente y generoso, que abandonaba su casa y su familia para tomar parte entre los combatientes, y cumplir la promesa anterior de hallarse á mi lado el dia del peligro.

»D. Miguel Diez de Ulzurrun secundó admirablemente mis disposiciones, y á su denuedo y arrojo, y á su prudencia y prevision, se debió en gran parte que, inutilizada la accion del brigadier gobernador de la plaza D. José Insa, y la del coronel del regimiento D. Luis Beltran, se llevase á cabo el movimiento de alarma y concentracion de la fuerza, sin que estos pudieran impedirlo ó presentarse á turbar el ordenado modo con que todo se verificó. Es verdad que nadie faltó, que todos acudieron presurosos al peligro, que ni uno dejó de cumplir con exactitud y firmeza mis instrucciones, y que todos rivalizaron en prudencia, arrojo y decision. Por eso he dicho antes, Excmo. Sr., que para jefes y oficiales como es-

tos, se necesitaba un delegado como D. Salvador Damato; me complazco en decirlo, me envanezco en mandarlos, y cumplo con un deber de justicia al transmitirlo á V. E.

»D. Salvador Damato, sin la seguridad del apoyo de Santoña, porque era de noche y no sabia lo que podria pasar en la plaza, desafiaba con su escasísima fuerza todo el poder del Gobierno, y de las autoridades constituidas en medio de un pueblo liberal y entusiasmado, sí, pero desarmado, asombrado y conmovido de tanto arrojo y decision. Era la vez primera que oian declarar á voz en grito el destroamiento de la dinastía reinante, apoyada y reconocida para ellos en toda España; habia olvidado el viva de libertad, estaba bajo el despotismo de la tiranía, que enerva el carácter y amengua la dignidad. Por fortuna el eco llevó á sus calles dos cañonazos disparados en Santoña, por órden del coronel Beltran, quien despues de ser aleve y cobarde comprometiendo á los soldados de su guardia con el mandato de hacer fuego al Sr. Ulzurrun, que cambió muchas veces con él la palabra de honor de bajar á la calle, donde seria respetado sin provocar una lucha estéril, huyó abandonándolos, y se refugió con grandes dificultades por la generosidad del Sr. Ulzurrun, salvando este milagrosamente por su serenidad del fuego á quema ropa que sufrió, á refugiarse en el castillo llamado de Napoleon, punto colocado en la parte culminante del pueblo, y sobre los demás fuertes de la plaza, donde creyó poder organizar la resistencia y la represion. Vano fué su intento de deramar sangre y dividir la guarnicion de la plaza; el fuego de su guardia ningun daño ocasionó, siendo apagado instantáneamente por el de la fuerza que rodeó su casa sin desgracia alguna, y era tal su desprestigio en el regimiento, que nadie oyó sus sanguinarios deseos, ninguno admitió sus órdenes por escrito, remitidas á los fuertes. Solo y abandonado hasta de los que le rodeaban en el castillo, tuvo que entregarse á la generosidad é hidalguía de los mismos á quienes maltrataba y tiranizaba mientras mandó.

»En nada se lastimaron el órden y la disciplina del regimiento, porque en el cuartel de San Miguel estaban el teniente coronel D. José Chinchilla, y el comandante D. Ignacio Izquierdo, jefes del batallon, presidiendo la formacion de las compañías, con su prestigio y el de los oficiales á quienes se encomendó ese detalle. En el cuartel del Duero se inutilizó préviamente con prudencia y generosidad al jefe único desleal D. Juan de Muros, encargándose del mando el veterano coronel sargento mayor de la plaza D. Domingo Ripoll, el capitán secretario del gobierno militar D. Liborio Trúpita, juntamente con el capitán de cuartel y oficial de la guardia de prevencion y principal de aquella plaza de armas.

»A esta energía, á esta decision, á la manera noble, digna y generosa de efectuar el movimiento, se debió inmediatamente el más favorable resultado, y la union de la tropa de artillería á la mañana siguiente. Por eso los bravos oficiales comunicaron instantáneamente como chispa eléctrica su entusiasmo á la tropa, que prorumpió desde luego en los



vivas más frenéticos á sus jefes y oficiales, que les ofrecían libertad, gloria y honor sin degradacion.

»El resto de los oficiales se adhirió con ligeras excepciones al movimiento, con tanta espontaneidad realizado, rivalizando desde entonces con los otros en lealtad y valor, como lo han acreditado en el glorioso combate de Santander, donde aquellos y estos han defendido como héroes al lado de sus soldados la bandera de la libertad, la noche del 20 de Setiembre enarbolada.

»Desde el siguiente dia, Excmo. Sr., me dediqué apresuradamente á organizar la fuerza; se recibió en él á D. Salvador Damato con frenético entusiasmo, por ser el enviado de nuestros caudillos; fué reuniéndose mayor número de carabineros, y pude, en fin, el dia 23 embarcarme para Santander, dejando perfectamente guarnecida y defendida la plaza, que además de encerrar un establecimiento de 600 penados, cuya custodia es indispensable, era al mismo tiempo nuestra preciosa base de operaciones. De este hecho doy á V. E. parte por separado, encomendando la esplicacion circunstanciada y detalles de ambos al capitán que tendrá la honra de entregar á V. E. personalmente este parte.

»Dios guarde á V. E. muchos años. Santoña 6 de Octubre de 1868.—Excmo. Sr.—El Gobernador militar, Juan Villegas.—Excmo. Sr. Capitán general de los ejércitos nacionales y general en jefe del ejército, duque de la Torre.»

#### ACCION DE GUERRA EN SANTANDER.

«*Gobierno militar de la provincia de Santander.*  
—Excmo. Sr.: Cumplo el deber de dar parte á V. E. del brillante y glorioso hecho de armas, sostenido el dia 24 del mes próximo pasado, por la escasa fuerza de mi mando, que salió el dia anterior de esta plaza, y 200 paisanos armados que pude reunir.

»Convienes, y es preciso para historiar, si bien someramente, el hecho consignado antes de entrar en su fondo, que eran 500 hombres los que conmigo desembarcaron en dicho dia 23, y merecieron la más entusiasta acogida de los vecinos de la capital de esta provincia; 90 carabineros, 60 artilleros con cuatro piezas de posicion, y el resto del regimiento ya dominado entonces de la libertad. No fué ni podia ser mi ánimo ir á provocar una lucha con un enemigo que podia aumentar su fuerza por la via férrea, siendo Santoña y Santander los únicos puntos desde Andalucía que habian declarado la guerra al gobierno opresor; no habiendo tenido tiempo para propagar más allá nuestro alzamiento, y careciendo de armas para organizar prontamente fuerzas que detuvieran las contrarias, escalonadas ya desde el pronunciamiento de Santander. Nada de esto se me ocultaba, pero ese pueblo pedia nuestro auxilio, necesitaba nuestra presencia, y no hubiese sido digno y leal abandonarlo á la violencia del comun enemigo, cuando ni armas para defenderse tenia.

»Así fué, que á la ovacion de la entrada siguió inmediatamente la alarma y la precaucion, y toda mi columna pasó la noche en las calles y en los puntos

estratégicos aguardando al enemigo. Vino el dia siguiente, en el que Santander habia de ver correr á torrentes la sangre de los españoles por la intemperancia y obcecacion de un general, que ni vencer supo con quintuplicada fuerza y demás ventajas que tenia á su disposicion. Nada más que esperar con las armas en la mano y ocupar los puntos más avanzados, pudo hacerse durante la noche. Al amanecer del 24 conferenció detenidamente con la Junta, se tomaron y buscaron noticias exactas del enemigo y su situacion, se estudió el plan de defensa y las eventualidades del ataque, y resolví lo que podia hacerse con tan escasos elementos como contaba. Se levantaron admirables barricadas bajo la inteligente direccion del ayudante de obras públicas Sr. Galarreta, celoso é incansable patriota que venia desde Laredo con D. Salvador Damato, y principió luego la conveniente distribucion de la fuerza que habia de apoyarlas y defenderlas muy pronto contra el enemigo, que avanzaba y se preparaba para el ataque, segun todas las noticias.

»Poco tiempo trascurrió para venir á confirmarse mis previsiones. Eran las doce y media, cuando la columna del general Calonge se presentó delante de la primera posicion por el camino que conduce línea recta á la Alameda alta, y tomando la derecha del camino varias compañías desplegadas en guerrilla, adelantaban á paso largo sus batallones formados en columna profunda. Este punto estaba defendido por la tercera compañía del segundo batallón del regimiento de la Libertad y por cincuenta y cuatro carabineros, mandada aquella y éstos por sus respectivos capitanes D. Pascual Zapater y D. Joaquin Sanmillan. Para interceptar esta entrada de la ciudad é impedir un amago violento, se habia formado en aquel punto, llamado de los Cuatro Caminos, una barricada bajo la direccion del coronel sargento mayor de esta plaza, D. Domingo Ripoll, encargado por D. Salvador Damato de la defensa de aquel punto con cuatro carretas cargadas de ladrillo y piedra que allí aparecieron, unidas á otros obstáculos que oficiales y tropa á porfia agregaban en el momento.

»En este punto, desatentado nuestro enemigo, pudo ya ver la energía y decision con que iba á ser recibido si en son de guerra llegaba. De pié sobre la barricada estaba D. Salvador Damato, silencioso y sereno como el coronel Ripoll, oficiales y soldados, que deseaban abrazar amigos y no herir contrarios. En aquellos momentos solemnes cuando ya el enemigo distaba tan solo sobre treinta ó cuarenta pasos de la posicion, sin disparar por nuestra parte un solo tiro, el bizarro Sr. Damato dió un ¡viva á la libertad! para si por este medio podia evitarse la efusion de sangre, y atraer hácia nosotros á los que se presentaban como enemigos: por tres veces se repitió el mágico viva, pero desgraciadamente la contestacion fueron los disparos de su fusil; ya no habia duda de lo que debia hacerse y podia esperarse. Roto el fuego por ambas partes y sostenido con teson por la fuerza de esta barricada, se vió el enemigo precisado á replegar sus compañías, y parapetarse para evitar el aumento de las muchas bajas que habia sufrido. Continuó en este estado la lucha, sin ade-



lantar los acometedores un paso, hasta que conceptuando los jefes que era el límite de la defensa de aquel punto avanzado y aislado, se ordenó la retirada sostenida con fuego hasta la barricada situada á la entrada de la Alameda de Becedo, y conteniendo á los contrarios en su marcha por repetidas cargas á la bayoneta.

Terminada la retirada de esta fuerza, y replegada para defender el ala derecha de la base de operaciones y avenidas de la parte alta de la ciudad, quedó encargado de esta operacion el coronel D. Manuel Santillan, que ya antes se habia batido y defendido por aquel lado el repliegue de la fuerza avanzada. Este coronel se portó tan bizarramente como los expresados anteriormente, quedando apoyado en la atalaya por la fuerza del valiente Ripoll.

»El enemigo siguió adelantando por toda la alameda, pero ya no en la correcta y ordenada formacion con que se presentó delante del primer puesto. Era la Guardia civil, que guareciéndose tras los árboles del paseo, iba paso á paso ganando terreno, y viendo diezarse sus filas y cubriendo el suelo de muertos y heridos. Como se habia replegado la avanzada, pudieron llegar enfrente de la expresada avanzada de Becedo, y aquí espermentaron el primer desastre por el vivo fuego de fusilería que desde la barricada y las casas tomadas se les hacia, y los disparos de una pieza de cañon allí colocada. En esta defensa estaba la sexta compañía del citado cuerpo, al mando de su capitan D. José Marescot, que probó su serenidad y denuedo, lo mismo que el de la quinta compañía, D. Ildfonso Muñoz, que tenia su fuerza distribuida en las casas, y peleó desde ellas y desde la barricada con la bravura del soldado veterano, quedándose hasta el último momento de la defensa. Allí lucharon tambien la mitad de los paisanos armados, distribuidos en las diferentes posiciones, y rivalizando en denuedo y valor con los soldados. Esta barricada, con otros puestos, estaba á las órdenes del comandante del batallon de la Libertad, D. Ignacio de Sainz Izquierdo, siempre sereno, tranquilo y esforzado.

»Grande fué la resistencia en aquel punto, inmensa la pérdida del enemigo, que intentaba inútilmente una y otra vez el ataque; y á pesar de su diferente y variada manera de hacerlo, siempre quedaba reducido al fuego tras de los árboles y parapetos naturales de la alameda. Debo elogiar el valor y esfuerzo de todos los oficiales y clase de tropas, no señalándolos porque todos fueron unos verdaderos héroes; entre estos se encuentran los sargentos primeros Sebastian Lopez y Jaime Tomás, con otros muchos paisanos y artilleros, porque todos fueron valientes como en la avanzada.

»Agotadas las municiones que no podian reponerse, y previsto ya el caso, ordené la retirada lenta y sucesiva de aquella fuerza, que no podia relevar sin desatender la defensa de otros puntos, y la reconcentracion general en la plaza Vieja y el muelle para el embarque que habia previsto, y era inevitable por las condiciones locales del campo de batalla y desproporcionada fuerza del enemigo. Pero no se hizo esto sin desmoronar é inutilizar la barricada, y

recoger con anticipacion la pieza de artillería que habia de defender el tercer atrincheramiento.

»Al mismo tiempo que era atacada y defendida esta posicion, se luchaba con igual ardor y empeño por ambas partes en la calle del Hospital, generalizándose poco despues el ataque á la Rua mayor y menor, y llegando el enemigo á otra fuerte barricada, colocada en la calle Alta, delante de la catedral, destinada á detener tambien allí el enemigo. Toda esa línea que formaba el ala izquierda de mi base de operaciones, era mandada por el distinguido y valiente coronel Sr. García Velarde, quien supo disponerla con inteligencia, mandarla con acierto y defenderla con la misma bravura de los restantes puntos. Allí se resistieron de nuevo los carabineros, paisanos y otra compañía de la Libertad con varios de los anteriores combatientes que pudieron hacerse con municiones. Allí se distinguieron tambien otros oficiales, se batieron todos con arrojo y serenidad, y allí, en fin, fué detenido de nuevo por largo rato el enemigo, y ayudados muy luego los nuestros por la brillante defensa que se hizo en el puente de Vargas contra las fuerzas en columna que avanzaban por la ancha y espaciosa calle de Atarazanas, precedidos del general Calonge y su Estado mayor, que fué diezmado al pié del mercado, dispersando la formacion; en cuanto á aquel punto de nuestra defensa, fué reforzado por la gente que reservaba para las barricadas y puntos del centro general, establecido en la plaza Vieja para dar la última leccion al invasor, y realizar por completo la retirada hácia el muelle inmediato. En el puente de Vargas y casas que le dominan, se batió casi la totalidad de las restantes fuerzas de la Libertad, y una pieza colocada debajo del puente barrió la calle de Atarazanas, cubriéndola de muertos y heridos el fuego de fusilería y cañon. Allí caian ginetes y caballos; allí se determinó el desaliento; allí se concluyó la cohesion y tacto de codos de los batallones de Calonge; allí comprendió éste al fin lo imprudente y temerario de su ataque.

»Le faltaba dirigirse al último reducto fuertemente defendido, que era la plaza Vieja; sabia que allí la artillería, las casas y las barricadas vomitarían fuego mortífero, y aunque tarde, reflexivo y prudente, ó forzado por el desaliento de sus tropas, tocó llamada y se retiró, replegó sus fuerzas, suspendiendo el fuego y el ataque general.

»Yo me hubiera aprovechado de esta evolucion con medios y objetos para emprender un avance decisivo, pero las municiones que quedaban eran pocas, mi fuerza muy pequeña para abordarlo por diferentes puntos si no queria ser envuelto, y mi propósito se habia cumplido superabundantemente, obteniendo una gloria que no debia exponer sin plan ni objeto.

»En esa defensa, como en las barricadas de la Catedral y Becedo, se dieron con buen resultado distintas cargas á la bayoneta, y no puedo nombrar los capitanes y subalternos é individuos de tropa que se distinguieron, porque todos rivalizaron y todos hicieron más de lo que su deber exigia. Todos, oficiales y tropa, artilleros, carabineros y paisanos, todos



merecen especial mencion y por eso omito los nombres.

»El valiente teniente coronel Chinchilla, que mandaba el batallon de la Libertad, tenia la mision, con la fuerza allí destinada, de defender y guardar las posiciones de la plaza Vieja y atender á los refuerzos, relevo de combatientes y destino de los que se retiraban. Cumplidamente y con denuedo é inteligencia lo cumplió, como cumplió la suya el secretario de este Gobierno militar, capitán D. Liborio de Trúpita, destinado á preparar el embarque y estudiar la retirada; comisiones en las cuales me demostró sus distinguidas cualidades.

»El coronel graduado, D. Romualdo Palacios, comunicó mis órdenes á todas partes, me acompañó en los puntos de riesgo y fué encargado de organizar el embarque. D. Miguel Diez de Ulzurrun, estuvo encargado de la defensa de los puntos del centro, y de conducir la reserva y parte de la fuerza que habia estado defendiendo el puente, desempeñándolo todo tan dignamente como los demás.

»Suspendido el fuego por parte de las tropas del general Calonge, y no siendo prudente ni factible por las nuestras renovar el referido ataque con tan poca fuerza y sin municiones para sostenerlo, ordené la retirada simultánea á los vapores que al efecto se encontraban atracados á la inmediacion de la machina, debidamente defendida. Esta operacion se ejecutó con el mayor orden y sin perder de vista las avenidas hácia el muelle, que se hallaban defendidas por la valerosa actitud y proximidad de la goleta de guerra *Caridad*, no obstante el fuerte viento del Sur que arreciando de una manera formidable sobre las dos de la tarde, hacia dificilísima la aproximacion al muelle, y mucho más el embarque de las tropas. Sobre las seis y media de la tarde quedaron embarcadas las fuerzas y la artillería, sin dejar de hacerlo asimismo la parte de paisanos comprometidos en la defensa de tan noble causa. La referida goleta de guerra que acoderada á las inmediaciones del muelle de Maliaño toda la mañana, impidió á las fuerzas de Calonge dirigirse á la ciudad por la estacion, contribuyó admirablemente al auxilio del reembarque con sus vapores mercantes *Nervion* y

*Vizcaino Montañés*, siendo su comportamiento digno de especial mencion.

»Sobre las siete de la tarde salimos del puerto de Santander hácia Santoña, á la vista de los contrarios situados sobre las alturas que dominan la bahía, teniendo el sentimiento de contar como baja del combate, un oficial y catorce individuos de tropa heridos y ocho individuos de tropa muertos, sin saber á punto fijo las pérdidas de los paisanos, que se calculaban en seis ú ocho, cuyo paradero se ignoraba. Las fuerzas del general Calonge tuvieron pérdidas de consideracion, calculadas por los que se enterraron, y existen en el Hospital de Santander, ó fueron curados fuera de él, en un jefe de Estado mayor muerto, dos brigadieres heridos y veinticuatro jefes y oficiales; ocho jefes y oficiales muertos, 330 bajas de tropa y 95 guardias civiles fuera de combate.

»Termino los detalles de una accion gloriosa, que llevada á cabo por los medios y con los recursos expresados, nadie mejor que V. E. sabrá apreciar debidamente en virtud de los sucesos, y con conocimiento de la localidad; y en esta inteligencia creo cumplir con un deber al manifestar á V. E. el buen comportamiento sin excepcion de las tropas á mis órdenes, honrándome en ponerlo en su superior conocimiento.

»Dios guarde á V. E. muchos años. Santoña 5 de Octubre de 1868.—Excmo. Sr.—El coronel comandante general, Juan Villegas.—Excmo. Sr. Capitan general duque de la Torre.»

El general Prim ha honrado siempre á Damato con una confianza sin límites, y el Sr. Ruiz Zorrilla le profesa un cariño casi fraternal. Su carácter franco hasta la rudeza y su ardiente liberalismo le han enemistado con muchos hombres del partido progresista, cuya conducta ha censurado muy duramente. Hoy mismo ve con disgusto la marcha poco revolucionaria del gobierno, y á no ser por la ciega confianza que tiene en las intenciones de Prim y de Zorrilla, se habria pasado ya al partido republicano, de quien no le separan más que consideraciones de delicadeza.



## D. PEDRO CAYMÓ Y BASCÓS.

---

Hubo un tiempo en que cuanto habia en España de enérgico, ilustrado y laborioso abandonaba el territorio nacional para trasladarse á nuestras colonias, las más ricas, las más florecientes de la jóven América. En el Nuevo Mundo hallaban campo libre á las especulaciones y elementos de trabajo y prosperidad, que un gobierno torpe y tiránico habia agotado en el patrio suelo, y al atravesar nuevamente el Atlántico, importaban casi siempre con las riquezas adquiridas, un nuevo orden de ideas, y costumbres de independencia y libertad.

Tadavía en nuestra época, los hijos laboriosos de la industrial Cataluña, van á buscar allende los mares una suerte mejor que la que aquí les está reservada ó un refugio contra reveses de fortuna ó persecuciones de cierta índole. A este número pertenece el consecuente republicano, diputado por la circunscripcion de Gerona, que es objeto de la presente biografía.

Pedro Caymó y Bascós, nació en la villa de San Feliu de Guixols, provincia de Gerona, el año de 1819.

Muy jóven aun, pasó á Puerto Rico á reunirse con su padre, que por reveses de fortuna habia tenido que emigrar á aquella isla. Dedicóse en Mayagüez al comercio, en compañía de su padre y dos tios maternos, cuyo establecimiento comercial, de los más acreditados, corria bajo la razonsocial de Caymó y Bascós.

En el incendio de 31 de Enero de 1841, que destru-

yó por completo aquella hermosa y floreciente poblacion, vió Caymó en cortos momentos convertido en cenizas el fruto de diez años de afanes y asiduo trabajo.

La modesta fortuna que adquirió despues y que trajo realizada al volver á su país, ha dado pretesto á sus enemigos para acusarle de haberse ocupado en el comercio de esclavos. Nos consta que esta suposicion es completamente calumniosa, y que jamás la casa de Caymó y Bascós ni ninguno de sus sócios ha tomado la menor parte en tan infame tráfico.

Hallábase en Puerto Rico en 1847, cuando el conde de Reus fué de capitan general á aquella isla.

Regresó Caymó á San Feliu, su patria, en 1853, y pronto se hizo notar por sus ideas liberales avanzadas y su carácter independiente. Así que, despues de los sucesos de 1854, fué elegido capitan de la primera compañía de cazadores del batallon de Milicia nacional de su pueblo.

Al ocurrir el golpe de estado de 1856, levantóse Caymó contra el ministerio O'Donnell, y marchó á Gerona al frente de algunas compañías de nacionales para sostener aquel movimiento. Vencida la sublevacion, fué encausado, pero quedó libre al poco tiempo por hallarse comprendido en la amnistía general.

Pasados los primeros momentos de la derrota del partido liberal, dedicóse Caymó á revivir el espíritu